

XIII

Insurgencia en Colombia. Parte I: 1989

Riti jamás se imaginó que la mayor borrachera de su vida sería en medio de un campamento oculto en la selva colombiana. Se tambaleaba alejándose del grupo de insurgentes, una *guerrillera* que a golpes de aguardiente y cerveza intentaba olvidar ese año colmado de sangre y muertos.

Por una oscura ladera el oficial formado en Bulgaria, y que a esa altura contaba con una vasta experiencia de combate en Nicaragua y capacitación de alto mando en una academia militar, caminaba hacia las zanjas donde se había erigido el baño del campamento. En realidad era una especie de trinchera llena de desechos, delimitada por unas mallas de plástico que se encontraban a unos cincuenta metros de las caletas, las casas de campaña de la guerrilla.

Iba dando cada paso hacia allí con cautela, evitando volverse a resbalar con las botas por la quebrada que conducía al río Duda, como ya le había pasado un par de veces esa misma semana. Tuvo que entender a la fuerza que en esas montañas de tierra húmeda, entre la Serranía de la Macarena y el Páramo de Sumapaz, había que andarse con cuidado.

Entretenido observaba en ese baño al aire libre lo único que se podía contemplar a esa hora, un cielo colmado de estrellas que apenas iluminaban tenuemente la profunda y sombría

zanja donde se encontraba orinando. Desde allí oía ligero el eco del acordeón y los coros de los combatientes que se divertían echando cerveza sobre una carne que asaban en una hoguera al estilo llanero, festejando el fin del año 1990 como si aquella fuera su última noche.

*Cuando truenan los fusiles
retumba toda la zooona,
la cumbia guerrillera
que se baila suavesooona.
Vamos a bailar la cumbia,
la que el pueblo insurreccioona....*

Al terminar la canción, en medio de un transitorio silencio, Riti percibió que desde la orilla de un estero provenía un leve sollozo. Se subió el cierre del pantalón y bajó cuidadosamente hasta ese lugar sin hacer ruido. Se acercó lo más que pudo, hallando ante él una tremenda sorpresa.

Estaba un hombre apoyado a un árbol, llorando con la cara escondida en su brazo izquierdo, mientras sostenía en su mano derecha una botella de whiskey. Se lamentaba, murmurando entre gemidos: «Cuándo mierda se acabará esta puta guerra».

Los guerrilleros vivían en medio de un conflicto en desventaja permanente, aguantando hambre, insomnio, viviendo en una selva de días cortos y noches largas de bombardeos, sufriendo la enfermedad y el frío. Encontrarse a alguien bebiendo y lagrimeando desconsoladamente en medio de esa guerra no era nada asombroso, lo inverosímil es que se trataba de uno de los más implacables en Casa Verde, el lugar de paso donde celebraban el año nuevo y que por mucho tiempo albergó al cuartel general. Quien se lamentaba en esa ocasión era Rodrigo Londoño Echeverri, más conocido por su nombre de combate, Timoleón

Jiménez o Timochenko, quien en ese entonces era comandante del Bloque Oriental y, además, uno de los siete miembros del Secretariado, el exclusivo órgano que dirigía las acciones de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, las FARC.

Sí, definitivamente era Timochenko, el mismo que, veintisiete años después, con ciento dieciocho órdenes de captura y siendo el jefe máximo de la organización guerrillera, rubricó —con la misma mano en la que sostenía ante Riti una botella de Chivas Regal— el acuerdo de paz definitivo con el gobierno colombiano, poniendo así fin a casi cincuenta y dos años de conflicto armado, que cobró la vida a ciento setenta y siete mil civiles y provocó que cerca de cuatro millones de personas fueran desplazadas de sus tierras.

Riti, que no salía completamente de su asombro, se alejó de Timochenko y se sentó sobre una roca. Todavía mareado por los tragos de aguardiente, se puso a pensar en los días que habían pasado desde que se internó en esa recóndita selva, cumpliendo una misión que lo estaba llevando al borde de la locura.

Antes de salir de Cuba les dijeron que se irían a Colombia por un par de días, una tarea que le asignaron en medio del desastre que se había provocado tras el quiebre entre el Partido Comunista y una gran facción del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Al llegar a la guerrilla de las FARC y a raíz de ese problema, según recuerda Riti, quedaron incomunicados de su jefatura y del partido. Durante meses permanecieron esperando instrucciones sobre qué debían hacer una vez concluyeran su misión y cuánto tiempo más tendrían que permanecer en Colombia, pero después de un año y medio en la selva sin recibir información el oficial formado en la Bulgaria socialista estaba seguro de haber sido abandonados a su propia suerte.

Sentado a metros del acongojado líder guerrillero, Riti reflexionaba sobre las cosas que habían ocurrido desde que llegó a

ese país, hasta que oyó unos pasos que se aproximaban hacia él desde las sombras. Desenfundó rápidamente su pistola y cegado por el manto oscuro de la noche apuntó al vacío, volviendo a sentir la paranoia que lo estaba desquiciando desde hacía meses, una sensación de que en cualquier momento lo iban a matar.

A esa altura sus mayores temores ya no eran los bombardeos del ejército colombiano, episodios que sufrió casi todos los meses y a los que se había terminado por acostumbrar. Le inquietaba, sí, la presencia cada vez mayor de paramilitares en la zona, ejércitos privados apoyados por el Estado colombiano que trabajaban junto a narcotraficantes y latifundistas imponiendo su ley a base de terror. En ese entonces «los paras» habían desatado la temporada de cacería contra las FARC y buscaban exterminar el movimiento guerrillero, así asesinaron a lo largo del país a tres mil quinientos líderes y lideresas sociales e integrantes del movimiento Unión Patriótica, una agrupación política vinculada a la izquierda y al Partido Comunista colombiano.

Lo que Riti nunca se atrevió a contarle a nadie es que su mayor temor se convirtió en la posibilidad que existía de terminar siendo ejecutado imprevistamente por sus propios compañeros de armas, los insurgentes que integraban junto a él la columna que escoltaba a los miembros del Estado Mayor del Bloque Oriental, la entonces subdivisión militar más poderosa de las FARC.

Por esos días el nombre de Riti estaba en boca de los jefes guerrilleros, quienes analizaban la norma que había violado y la solicitud que le hizo al respetado y temido comandante Jorge Briceño, el Mono Jojoy.

Además, Riti todavía se sentía perturbado por la imagen de un adolescente aspirante a guerrillero, ultimado con un tiro en la nuca por sus propios camaradas a las afueras del campamento, como castigo por robarse un trozo de panela, un pequeño

bloque de azúcar que les hacían cargar en las mochilas y que solo podían comer cuando lo autorizaban los mandos. Aquella escena, junto a la delicada situación que vivía al interior de la guerrilla, lo hacían añorar cuanto antes darle el adiós definitivo a las FARC.

—Hasta para matar se justificaban con la revolución —memora Riti, asegurando que emitir opiniones críticas, hacer cuestionamientos o caerle mal a un superior podía significar terminar siendo acusado de traidor o infiltrado del Gobierno.

Riti llegó a Colombia en 1989, un tormentoso día de julio. Arribó a una oscura, fría y nublada ciudad de Bogotá en vuelo procedente de San José de Costa Rica, pero su llegada no estuvo exenta de vicisitudes. En el aeropuerto internacional El Dorado, pensó que todo iba de lo más bien cuando en migración le timbraron sin dificultad el pasaporte falso.

Inmediatamente después, al salir de la cabina migratoria, lo detuvieron. La aduana colombiana había hecho una redada antidrogas sorpresa, deteniendo junto a él a quince ciudadanos peruanos sobre quienes se sospechaban vínculos con el narcotráfico y el poderoso Cartel de Medellín. Riti transpiraba ansioso y quienes lo tenían apresado todavía no se creían la historia de que él era un simple turista chileno de paso por Colombia.

Veinticuatro horas atrás disfrutaba su fiesta de despedida junto a uno de sus compañeros más entrañables en Nicaragua, Pedrito, el Peter o Guaso Bruna, nombres políticos y apodos de Manuel Bruna, uno de los encargados del último contingente de chilenos que pelearon en el país centroamericano. En esa instancia, su amigo le regaló una foto en la que aparecían ambos vistiendo el uniforme pinto y el sombrerito de los Batallones de Lucha Irregular del Ejército Popular Sandinista, un

pequeño presente que serviría como recuerdo de su lucha en el norte de Nicaragua, pero, más que eso, se trataba de una comprometedor imagen que, recordó, afortunadamente había devuelto esa misma madrugada, pues juzgó que era mejor no llevarse nada que pudiera causarle problemas.

Apresado en el aeropuerto de Bogotá olvidó ese detalle, tal vez por los tragos que se tomó la noche antes de salir de Nicaragua hacia Costa Rica, para continuar y cumplir su misión en Colombia. La foto que quedó sobre el velador de su compañero en la casa de seguridad de Managua ya no importaba. Su angustia era que la policía descubriera lo que claramente sería mucho peor: una completísima escuela de instrucción militar que llevaba oculta en distintos compartimentos de la maleta, imágenes con cientos de clases que habían sido compactadas en diminutos microfilmes.

—¿*Quiubo* camarada? ¿Cómo está la cosa? Aquí la vaina está muy caliente y no conviene andar mucho por ningún lado, mire que ayer le dieron de baja a una jueza y a sus dos escoltas en Medellín —dijo su contacto en Bogotá a modo de bienvenida.

Para que ese encuentro tuviera lugar, Riti tuvo que tener mucha suerte. Retenido ocho horas en una pequeña habitación del aeropuerto, había perdido el horario de encuentro, el santo y seña y a los cuatro compañeros chilenos que llegaron por separado al país ese mismo día, todos con la fachada de turistas. El objetivo real de aquel grupo de cinco oficiales chilenos en Colombia era impartir un curso militar profesional a la guerrilla de las FARC.

Tras varias revisiones, después de desnudarlo e interrogarlo mil veces más, la aduana colombiana dejó que se marchara, dándole autorización para ingresar a la capital. Desorientado,